

LEYES QUE GUÍAN EL PROCESO ENCARNATORIO

13 – 07 – 1.995

En los últimos años, la doctrina filosófica que sustenta las múltiples vidas, ha trascendido a la gente común y ha dejado de ser tema de religiones orientales exóticas.

Los científicos han encontrado evidencias que permiten admitir que el fenómeno no es exclusivo de culturas antiguas, y que es posible que la suma de pruebas, constituyan finalmente, suficientes para no dudar que ese proceso es tan biológico como el nacimiento.

Los trabajos del doctor Brian Weiss, que acumularon muchos casos de sugieren vidas anteriores, iniciaron un camino de investigaciones que está en pleno desarrollo.

Las opiniones son muy variadas, desde el escepticismo absoluto, pasando por la confusión y el asombro, la falta de información, el temor de ver tambalear la propia creencia, hasta el total convencimiento sin necesidad de pruebas.

En 1.857, con el advenimiento de la doctrina espírita codificada en “El libro de los espíritus”, “El libro de los médiums” y todos los escritos de Allan Kardec, en cuanto al tema, se establecieron las leyes que guían el proceso de regreso a la vida orgánica.

Después de una temporada en el espacio, el alma renace en la condición humana, llevando consigo la herencia, buena o mala, de su pasado. Renace y aparece en la escena terrestre para desempeñar en ella un nuevo acto del drama de su vida, pagar sus deudas anteriores, conquistar nuevas potencias que faciliten su ascensión y aceleren su marcha hacia delante.

La ley de los renacimientos explica y completa el principio de la inmortalidad.

Así mismo, la reencarnación se produce bajo el dominio de leyes que la sustentan.

Ley de evolución

Por todas partes la naturaleza procede con sabiduría, método y lentitud. Ha necesitado muchos siglos para hacer la forma humana.

La evolución física y mental, y el progreso moral están regidos por leyes idénticas.

No es más extraordinario renacer que nacer. El alma vuelve a la carne para sufrir en ella las leyes de la necesidad. Las luchas de la vida material, las necesidades, son otros tantos estimulantes que la obligan al trabajo, que aumentan su energía y templan su carácter. Estos resultados no los podrían obtener en la vida libre del espacio, los espíritus jóvenes, cuya voluntad es vacilante aún. Para avanzar necesita el látigo de la necesidad, con la que va concentrándose, adquiriendo fuerza, el empuje indispensable para describir más tarde, su inmensa trayectoria en el cielo.

El alma inferior y nueva no puede volverse conciente de sí misma, si no es separada de las demás almas, y encerrada en un cuerpo material. De este modo constituirá un ser distinto que va a afirmar su personalidad, a hacer más vasta su experiencia, acentuar su progresión en razón de sus esfuerzos para triunfar sobre las dificultades y los obstáculos que la vida terrestre multiplica a sus pasos.

La evolución del ser indica un plan y una finalidad que es la perfección, la cual, no podría efectuarse en una existencia única, por larga y fructífera que ella fuese. En la pluralidad de las vidas se debe ver la condición necesaria para su

educación y sus progresos. Por sus propios esfuerzos, sus luchas y sus sufrimientos es como se rescata de su estado de ignorancia y de inferioridad, elevándose, grado a grado, primero sobre la Tierra y luego a través de las moradas innumerables del cielo estrellado.

La reencarnación es la fórmula racional bajo la cual puede admitirse la reparación de las fallas cometidas y la evolución gradual de los seres. Sin ella no es factible la sanción moral suficiente ni completa; y no es posible la concepción de un ser que gobierne el universo con justicia.

Si admitiésemos que el ser humano vive actualmente por primera y última vez en la Tierra, que una sola existencia terrestre es el patrimonio de cada uno de nosotros, sería preciso reconocer, que la incoherencia o la parcialidad presidirían la repartición de los bienes y de los males, las aptitudes y las facultades nativas y los vicios originales. Para unos la dicha constante, para otros el mal inevitable, para unos la fuerza, la salud y la belleza, y a los otros la debilidad, las enfermedades, la fealdad. Unos inteligentes y con cualidades morales, otros idiotas, viciosos y llenos de defectos innatos.

La herencia es incapaz de explicar lógicamente todo esto. En la mayor parte de los casos, estas aflicciones no pueden ser consideradas como el resultado de causas actuales.

Lo mismo sucede con los favores de la suerte. A menudo los justos perecen arruinados por los reveses de la fortuna, mientras que los egoístas prosperan. Ciertas existencias concluyen en pocos años o en pocos días, mientras que otras duran cerca de un siglo.

Cómo entender de donde provienen los jóvenes prodigios: músicos, poetas, pintores, que desde la más tierna edad muestran disposiciones extraordinarias para las artes y las ciencias, cuando tantos otros permanecen durante toda su vida en la mediocridad, a pesar de su laboriosidad.

Con la doctrina de las vidas sucesivas se explica y se aclara

Ley de la justicia

Se revela en los más ínfimos detalles de la existencia. Las desigualdades que notamos resultan de las diferentes situaciones ocupadas por las almas en sus infinitos grados de evolución. El destino del ser no es más que el desenvolvimiento, a través de las edades, de la larga serie de causas y efectos engendrados por sus actos. Nada se pierde; los efectos del bien y del mal se acumulan y germinan en nosotros hasta el momento favorable y su floración, a veces se manifiesta rápidamente, otras después de largo lapso de tiempo.

También a veces, pasan de una a otra existencia repercutiéndose según que su madurez sea activada o retrasada por las influencias ambientales, pero ninguno de estos efectos desaparece por sí mismo. Sólo la reparación puede llegar a suprimirlos.

Cada uno se lleva a la otra vida y trae al volver a nacer la simiente del pasado. Esta simiente, según su naturaleza, por nuestra dicha o nuestra desgracia, extenderá sus frutos sobre la nueva vida que empieza, así como sobre las siguientes, si una sola existencia no bastara para agotar las consecuencias malsanas de nuestras vidas anteriores.

Al mismo tiempo, nuestros actos diarios, fuentes de nuevos hechos, vienen a añadirse a las causas antiguas, atenuándolas o agravándolas.

Unos y otros forman un encadenamiento de bienes o de males que, en su conjunto correspondían la trama de nuestro destino.

La sanción moral, insuficiente, a veces, nula, cuando se estudia bajo el punto de vista de una vida única, se halla absoluta y perfecta en la de la sucesión de nuestras existencias, puesto que hay una estrecha correlación entre nuestros actos y nuestro destino. El ser humano construye su propio porvenir.

Ley de igualdad

Todas las almas no tienen la misma edad. Todas no han subido con igual celeridad en sus estados evolutivos. Unas han recorrido una carrera inmensa y se acercan ya al apogeo de los progresos terrestres, mientras que otras apenas empiezan su ciclo de evolución.

Estas son las almas jóvenes, emanadas hace poco tiempo del foco eterno, fuente inextinguible de donde manan sin cesar gotas de inteligencia que van a animar las formas rudimentarias de la vida.

Llegada a la humanidad toman rango entre las tribus salvajes o en las razas bárbaras que ocupan los continentes atrasados, las regiones desheredadas del globo. Cuando por fin, penetran en las civilizaciones, se las reconoce fácilmente en su ignorancia, en su poca destreza e inhabilidad para toda clase de cosas y sobre todo por sus violentas pasiones, por sus gustos sanguinarios, a veces, por su propia ferocidad.

Ley de libre albedrío

Es la libertad de acción del espíritu. A unos les sirve para retardarse en la vía de la ascensión, de perder, sin cuidarse del verdadero fin de la existencia, muchas horas preciosas persiguiendo las riquezas y placeres. A los otros les sirve para apresurar su paso por los arduos senderos y alcanzar rápidamente, las cumbres del pensamiento, si es que prefieren las seducciones materiales o la posesión de los bienes del espíritu y del corazón, como son los sabios, los genios, los santos, los nobles mártires de causas generosas y los que han consagrado su vida entera a acumular, en el silencio de los claustros, de las bibliotecas, de los laboratorios, los tesoros de la ciencia y de la sabiduría.

Por eso el alma debe encarnar sucesivamente en los medios más diversos, en todas las condiciones morales, sufrir todas las pruebas de la pobreza y la riqueza, aprender a obedecer, luego a mandar.

Le son necesarias las vidas oscuras, vidas laboriosas de privaciones, para aprender a renunciar a las vanidades materiales, al desprendimiento de las cosas frívolas, y adquirir la paciencia, la disciplina del espíritu. Son necesarias las existencias de estudio, las misiones de abnegación, de caridad, por las cuales la inteligencia se aclara y el corazón se enriquece de nuevas cualidades. No existe pues la fatalidad.

Es el hombre quien por su propia voluntad forja sus cadenas; él es quien teje, hilo a hilo, día a día, desde su nacimiento a su muerte, la red del destino.

Ley de armonía

La ley de justicia es en el fondo la ley de armonía, ya que ella determina la consecuencia de los actos que libremente realizamos. Ella no castiga ni recompensa, pero premia simplemente el orden, el equilibrio del mundo moral como el del mundo físico.

El destino no tiene otra regla que la del bien y del mal realizado. Nuestra felicidad, a pesar de las apariencias, a menudo falaces, está siempre en relación con nuestra capacidad para el bien.

Esta ley halla su completa aplicación en las reencarnaciones del alma; ella es la que fija las condiciones de cada renacimiento y traza las líneas de nuestros destinos.

Asociar nuestros actos al plan divino, obrar de concierto con la naturaleza, en el sentido de la armonía y para el bien de todos, es preparar nuestra elevación, nuestra felicidad. Obra en sentido contrario, fomenta la discordia, agudiza los apetitos malsanos, trabajar para sí en detrimento de los demás, es sembrar en su propio porvenir, fermentos de dolor, es colocarse bajo el imperio de influencias que retardan nuestro progreso, y nos encadenan por largo tiempo a los mundos inferiores.

Ley de responsabilidad

Haciendo conocer los efectos de la ley de responsabilidad, demostrando que las consecuencias de nuestros actos recaen sobre nosotros a través del tiempo, como la piedra tirada al aire vuelve a caer al suelo, se llevará poco a poco a los hombres a conformar sus actos a esta ley, a realizar el orden, la justicia, la solidaridad en el medio social.

Ley de armonía con el medio

Las existencias planetarias nos ponen en relación con todo un orden de cosas que constituyen el plan inicial, la base de nuestra evolución infinita, y están en perfecta armonía con nuestro grado de evolución. Pero este orden de cosas y la serie de vidas que le son inherentes por numerosas que sean, representa una fracción ínfima de la existencia sideral, un instante en la duración ilimitada de nuestros destinos.

El paso de las almas terrestres sobre otros mundos sólo puede efectuarse bajo el imperio de ciertas leyes. Los globos que pueblan la extensión difieren entre sí, en naturaleza y densidad. Las envolturas fluidicas de las almas sólo pueden adaptarse a estos medios nuevos, en condiciones especiales de depuración. Para los espíritus inferiores en su vida errática, es imposible penetrar en los mundos elevados y describir sus bellezas a nuestros médiums. Igual dificultad se encuentra, mayor aún, cuando se trata de reencarnar en otros mundos.

Las sociedades que los habitan son, por su superioridad, inaccesibles para la inmensa mayoría de los espíritus terrestres, demasiado groseros aún, insuficientemente evolucionados. Los sentidos físicos de estos, poco afinados, no les permitirían vivir la vida sutil que reina en esas esferas lejanas.

La atracción que encadena sus cuerpos fluidicos al planeta, también encadena su pensamiento y su conciencia a las cosas inferiores. Sus deseos, sus apetitos, sus odios, hasta sus amores, les vuelven aquí a la Tierra y les atan al objeto de su pasión. Es preciso primero aprender a deshacer los lazos que nos sujetan a la tierra, para remontarnos después, hacia mundos más avanzados.

Ley de atracción y afinidad

Cuando un espíritu se encarna es atraído a un medio conforme a sus tendencias, a su carácter y a su grado de evolución.

Las almas se siguen y encarnan por grupos. Constituyen familias espirituales cuyos miembros están unidos por lazos internos y potentes, contraídos en el curso de las existencias recorridas en común. A veces, estos espíritus están alejados los unos de los otros temporalmente, y cambian de medio para adquirir nuevas facultades. Así se explican, según los casos, las analogías y las desemejanzas que caracterizan los miembros de una misma familia, hijos y padres. Pero siempre, los que se aman se buscan y encuentran, más o menos tarde, sobre la tierra o en el espacio.

Se acusa a la doctrina de la reencarnación, de arruinar la idea de familia, de invertir y confundir las situaciones que ocupan los unos de los otros; es decir,

los espíritus unidos por los lazos de parentesco (madre el hijos, esposo y esposa, etc.) Sin embargo, la verdad es lo contrario.

En la hipótesis de una vida única, los espíritus se dispersan después de una corta cohabitación, y a menudo se tornan extraños unos a otros. Después de la muerte son separadas, según sus méritos, y los elegidos son separados de los réprobos.

Por lo tanto, los lazos de familia y de amistad, formados por una vida pasajera se aflojan en la mayor parte de los casos, y a veces, se rompen por una eternidad. Mientras que por los renacimientos, los espíritus se reúnen de nuevo y prosiguen en común, sus peregrinaciones, a través de los mundos. Su unión, por lo tanto, es más estrecha y profunda. Nuestra ternura espontánea para ciertos seres se explica fácilmente, y es porque ya los conocimos de antes, en nuestros encuentros previos.

Las condiciones de la reencarnación son tales, que nuestras recíprocas situaciones frecuentemente no se invierten. Casi siempre, nuestros grados respectivos de parentesco son sostenidos. Pero las pruebas necesarias para ejercitar las facultades con miras al progreso moral, permiten todas las situaciones imaginables.

El espíritu avanzado, cuya libertad se acrecienta en proporción de su elevación, escoge el medio en donde quiere renacer, mientras que el inferior es empujado por una fuerza misteriosa a la cual obedece instintivamente; no obstante todos son protegidos, aconsejados, sostenidos, en el pasaje de la vida del espacio a la existencia terrestre, generalmente, más penosa y temible que la muerte física.

La unión del alma con el cuerpo se efectúa por medio de la envoltura fluidica denominada periespíritu en el Espiritismo, que por su naturaleza sutil, servirá de lazo entre el espíritu y la materia. El alma está atada al germen por este "mediador plástico", que va estrechándose y condensándose más y más, a través de las fases progresivas de la gestación, hasta formar el cuerpo físico.

Desde la concepción hasta el nacimiento, la fusión se opera lentamente, fibra a fibra, molécula a molécula. Bajo el flujo creciente de los elementos materiales y de la fuerza vital facilitada por los generadores, los movimientos vibratorios del periespíritu del infante se aminoran y reducen; al propio tiempo que las facultades del alma, la memoria y la conciencia, se difuman y aniquilan.

Es a esta reducción de las vibraciones fluiditas del periespíritu, a su oclusión de la carne, a lo que puede atribuirse la pérdida del recuerdo de las vidas anteriores. Un velo siempre más espeso envuelve el alma y apaga sus radiaciones interiores. Todas las impresiones de su vida en el plano espiritual y de su largo pasado se han hundido en las profundidades de lo inconciente. De allí no emergerán más que en los momentos de exteriorización o de la muerte, cuando el espíritu, recobrando la plenitud de sus movimientos vibratorios, evocará el mundo dormido de sus recuerdos.

El papel del doble fluidico es considerable. Él explica desde el nacimiento hasta la muerte, todos los fenómenos vitales. Poseyendo en sí, el rasgo imborrable de todos los estados del ser desde su origen, imprime su huella, los trazos esenciales al germen material. En ello está la llave de todos los fenómenos embriogénicos. Durante el período de gestación, el periespíritu se impregna de fluido vital y se materializa suficientemente para poder ser el regulador de la energía y el soporte de los elementos suministrados por los progenitores.

Constituye también una especie de canevás, de red fluidica permanente, a través de la cual pasará la corriente de materia, que destruye y reconstituye sin cesar, durante la vida, el organismo terrestre.

El es como el almacén invisible que sostiene interiormente la estatua humana. Gracias a él, la individualidad y la memoria se conservarán, se perpetuarán sobre el plano físico, a pesar de la parte cambiante y móvil del ser.

Asegurará del mismo modo que el recuerdo de los hechos de la existencia presente. Recuerdos cuyo encadenamiento, desde la cuna hasta el sepulcro, nos proporciona la certidumbre íntima de nuestra identidad.

La incorporación del alma no es entonces, espontánea, sino gradual y no llega a completa y definitiva hasta la terminación de la vida uterina. En este momento, la materia encierra definitivamente al espíritu, quien deberá vivificarla por la acción de las facultades adquiridas.

Largo será el período de desenvolvimiento, durante el cual el alma se aplicará a modelar su nueva envoltura, a plegarla a sus necesidades, a hacer de ella un instrumento capaz de manifestar sus potencias íntimas. En esta obra, estará asistida por un espíritu encargado de su guarda, de velar por ella, inspirarla y guardarla durante todo el período de su peregrinación terrestre.

Elección del medio. Antes de volver a tomar contacto con la materia y empezar una nueva carrera, el espíritu debe escoger el medio en donde vaya a renacer a la vida terrestre. Este derecho está limitado, circunscrito y determinado por causas múltiples, como los antecedentes del ser, sus deudas morales, sus afecciones, sus méritos y sus deméritos, y el papel que sea apto a desempeñar.

Todos estos elementos intervienen en la orientación de la vida en preparación. De ahí la preferencia por tal raza, tal nación, tal familia. Las almas terrestres que hemos amado nos atraen. Los lazos de pasado se reanudan con filiaciones, alianzas y nuevas amistades. Aún los mismos lugares nos atraen y ejercen sobre nosotros su misteriosa atracción; es muy raro que el destino no nos conduzca muchas veces, hacia las comarcas en donde hemos vivido, amado y sufrido.

Los mismos odios son fuerzas que nos acercan a nuestros enemigos de otras veces, a fin de borrar con mejores relaciones, nuestras viejas enemistades. Así, es natural que encontremos en nuestra ruta, la mayoría de aquellos que hicieron nuestra dicha o que causaron nuestros tormentos.

Lo mismo sucede con la adopción de una clase social, con las condiciones de ambiente y de educación, con los privilegios de la fortuna y la salud, con las miserias de la pobreza. Todas estas causas tan variadas, tan complejas, van a combinarse para asegurar al nuevo encarnado las satisfacciones, las ventajas o las pruebas que comparten su grado de evolución, sus méritos o sus faltas, y las deudas por él contraídas.

Se comprende por todo esto, la dificultad de escoger el medio para una nueva vida, y no es extraño que nos deban inspirar las inteligencias directrices si no poseemos el discernimiento necesario para adoptar con sabiduría los medios más eficaces para activar nuestra evolución y purgar nuestro pasado.

Sin embargo, el interesado queda siempre libre de aceptar o retroceder la hora de las reparaciones ineluctables.

Al momento de unirse a un germen humano, cuando el alma posee aún, toda su lucidez, su guía despliega ante ella el panorama de la existencia que le aguarda; le muestra los obstáculos y los males de que estará sembrada; le

hace comprender su utilidad para desenvolver sus virtudes o despojarse de sus vicios. Si la prueba le parece ruda, si no se siente suficientemente fuerte para afrontarla, le es posible al espíritu excusar el fracaso y escoger una vida transitoria que acrecerá sus fuerzas morales y su voluntad.

En la hora de las resoluciones supremas, antes de volver a descender a la carne, el espíritu percibe y penetra el sentido general de la vida que va a empezar. La ve aparecer en sus grandes líneas, en sus hechos más culminantes; aunque siempre modificables por su acción personal y el uso de su libre albedrío, puesto que el alma es dueña de sus actos. Pero, desde que se ha pronunciado, desde que el lazo se anuda y la incorporación se completa, todo se borra y se desvanece.

La existencia va a desarrollarse con todas sus consecuencias previstas y aceptadas, sin que ninguna intuición del porvenir subsista dentro de la conciencia normal del ser encarnado.

El olvido es necesario durante la vida material. El conocimiento anticipado de los sucesos nefastos que vayan a surgir, la previsión de los males o catástrofes que nos esperan, paralizarían nuestros esfuerzos, suspenderían nuestra marcha hacia delante.

La determinación del sexo es también decidida por adelantado por el alma. Puede cambiar de una encarnación a otra, por un acto de la voluntad creadora, modificando las condiciones orgánicas del periespíritu.

Ciertos pensadores admiten que la alternancia de los sexos es necesaria para adquirir las virtudes más especiales a cada una de las mitades del género humano. Por ejemplo, en el género masculino: la firmeza, la voluntad firme, el valor; y en el femenino: la ternura, la paciencia y la pureza.

León Denis opina que según las enseñanzas de sus guías espirituales, el cambio de sexo siempre es posible pero a veces inútil y peligroso. Según el escritor espírita, los espíritus elevados lo desaconsejan, pues cuando un espíritu ha tomado las costumbres de un sexo es peligroso para él salirse del estado que forma ya su naturaleza.

Muchas almas creadas por parejas son destinadas a evolucionar conjuntamente, unidas para siempre, tanto en la dicha como en el dolor. Se las ha llamado hermanas gemelas. Su número es más considerable de lo que se cree generalmente. Ellas realizan la forma más completa, la más perfecta de la vida y del sentimiento, y dan a las otras almas, el ejemplo de un amor fiel, inalterable y profundo. Se las puede reconocer con ese solo rasgo, que se destaca fuertemente.

Por el hecho mismo de la ascensión general, los nobles caracteres y las altas virtudes se multiplican en los dos sexos a la vez. Ninguna cualidad quedará como herencia de un sexo aislado y sí el atributo de los dos.

Existe un punto de vista que podría hacer considerar el cambio de sexo como un acto impuesto por la ley de justicia y de reparación. Este aparece cuando los malos tratos, los graves daños infligidos a personas de un determinado sexo, atraen hacia ese mismo sexo, a los espíritus responsables, para que él sufra en esa situación los efectos de las causas que ellos generaron. Pero la pena del talión no rige de manera absoluta en el mundo espiritual. Existen mil formas bajo las cuales puede cumplirse la reparación, y borrarse y desaparecer las causas del mal.

La cadena omnipotente de las causas y los efectos se desarrolla en mil escalones variados y distintos.

Se objetará que sería inicuo forzar a la mitad de los espíritus a evolucionar en un sexo más débil y a menudo oprimido, humillado, sacrificado por una organización social casi bárbara. Pero ese estado de cosas tiende a desaparecer día a día, para hacer sitio a una más amplia equidad. Por la elevación moral, social y educativa de la mujer, será como la humanidad se elevará a sí misma. En cuanto a los dolores del pasado, no son perdidos. El espíritu que ha sufrido las iniquidades sociales, recoge por la ley de equilibrio y de complementación, el resultado de las pruebas sufridas.

El papel de la mujer es inmenso en la vida de los pueblos. La hermana, la esposa o la madre, es la gran consoladora y la dulce consejera. En el niño señala el porvenir y prepara al hombre futuro. Así pues, las sociedades que la rebajan, se rebajan a sí mismas.

La ley de afinidad acerca a los seres similares. Ciertas atracciones son temibles para las almas en busca de condiciones para una nueva existencia, por ejemplo, las familias de alcohólicos, libertinos, desequilibrados.

Todo un pasado culpable arrastra al alma atrasada hacia los grupos que presenta más analogía con su propio estado fluido y mental; estado que ella misma ha creado con sus pensamientos y sus acciones.

No existe en estos problemas sitio alguno para lo arbitrario y lo casual. Es el mal uso prolongado de su libre albedrío, la persecución constante de resultados egoístas o delictuosos, la que atrae al alma hacia los progenitores semejantes a ella. Ellos le proporcionan materiales en armonía con un organismo fluido, impregnados de las mismas tendencias groseras, propias a la manifestación de los mismos apetitos y deseos.

Dueña de su destino, el alma debe sufrir el estado de cosas por ella misma preparadas. Las faltas aumentadas harán nacer los sufrimientos más vivos; y las encarnaciones se sucederán, más penosas y dolorosas. El círculo de hierro se estrechará hasta que el alma, despedazada por el engranaje de las causas y los efectos creados por ella, comprenderá la necesidad de reaccionar contra las tendencias, vencer sus malas pasiones y cambiar de vida.

Desde este momento, por poco que el arrepentimiento la toque, sentirá nacer en ella las fuerzas, los nuevos impulsos que la llevarán hacia medios más puros. De ellos extraerá formas y elementos más apropiados para su obra de reparación y renovación, y paso a paso, cumplirá su progreso. En el alma arrepentida y condolidada penetrarán nuevos efluvios, y despertarán desconocidas aspiraciones y la necesidad de actividad útil y de abnegación.

Sin embargo, la reedificación no se hará sin pena, La ascensión no se proseguirá sin dificultades. Las faltas, los errores de antaño se repercuten en causas de obstrucción en las vidas futuras. El esfuerzo deberá ser tanto más enérgico y prolongado, cuanto las responsabilidades sean más pesadas, y el período de resistencia y de obstinación en el mal, sea más extenso. Siempre, desde el mundo espiritual se le tenderán manos protectoras.

Nuestro porvenir está en nuestras manos, y nuestras facilidades para el bien se acrecientan en razón directa de nuestros esfuerzos para realizarlo. Toda vida noble y pura, y toda misión superior es el resultado de un inmenso pasado de luchas, de caídas, de victorias enlazadas sobre sí mismo, el coronamiento de largos y pacientes trabajos, la acumulación de los frutos de la ciencia y la caridad recolectados uno a uno, en el curso de las edades.

Cada facultad brillante, cada virtud sólida, ha necesitado existencias múltiples de labor oscura, de combates violentos entre el espíritu y la carne, la pasión y

el deber. Para llegar al talento y al ingenio, el pensamiento ha tenido que madurar lentamente a través de los siglos.

A cada retorno al espacio se verifica el balance de las pérdidas y los beneficios. Los progresos se agrandan y afianzan. El ser se examina y se juzga.

Para el espíritu evolucionado, la vida del espacio es el período de examen y de recogimiento en el cual las facultades, después de haberse gastado fuera, se recogen, se aplican al estudio íntimo, a la interrogación de la conciencia, al inventario riguroso de los que hay en el alma de belleza o de fealdad.

La vida del espacio es la que forma con la vida terrestre, la vida de equilibrio, en la que las fuerzas se reconstituyen, las energías se templan, los entusiasmos se reaniman, y el ser se prepara para las luchas futuras. Es el reposo después del esfuerzo, la calma después de la tempestad, la concentración apacible y serena después de la expansión activa o el conflicto ardiente.

Lapso entre vidas. Las encarnaciones se acercan o distancian según el estado de las almas, según el deseo de trabajar y adelantar, y según las ocasiones favorables.

Las almas áridas de progreso se estacionan poco en el espacio. Pronto piden el retorno a la vida terrena para poder adquirir nuevos títulos y nuevos méritos.

En los casos de muerte precoz, la encarnación es casi inmediata. Cuanto más material y grosero es el espíritu, más influencia tiene sobre él la ley de gravedad. El fenómeno inverso se produce en los espíritus puros, en los que el periespíritu radiante vibra a todas las sensaciones del infinito, y que hallan en las regiones etéreas los medios más apropiados a su naturaleza y a su estado de progreso.

Llegados a un grado superior, estos espíritus prolongan de más en más su estancia en el espacio. Las vidas planetarias son para ellos la excepción. La vida libre es la regla; hasta que la suma de las perfecciones realizadas les libra para siempre de la servidumbre de los renacimientos.

Los espíritus presienten la época en que encarnarán. Saben que han de volver al cuerpo, de la misma manera que sabemos que hemos de morir un día, sin saber cuando.

En el libro “Todos somos inmortales” escrito en 1.987, por el científico francés Patrick Drouot, titular de la cátedra de física en la Universidad de Columbia en New York, leemos:

“Lo importante no es el lugar a donde vamos, sino el camino que seguimos para llegar allí. Nosotros mismos somos nuestros iniciadores”